

➤ Novela sobre la paternidad de un manuscrito mestizado

María José Rodilla León

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

El año 2013 se abrió con una polémica que prometía ser interesante para la historiografía y las letras coloniales y parece haberse quedado en “agua de borrajas”, cuando Christian Duverger, antropólogo e historiador de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París publicó en México y en París un libro en el que asegura que el verdadero autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* no es el soldado de a pie de Medina del Campo sino el mero capitán, que osó levantarse por encima del gobernador de Cuba y lanzarse a la conquista de las tierras de Moctezuma. El libro en cuestión, que, a su vez, se presenta como una segunda parte de *Cortés*, la biografía más reveladora, ha sido publicado en 2013 por Taurus, en México, bajo el título *Crónica de la eternidad*; la edición francesa de Seuil, que salió al mismo tiempo que la mexicana, se llama *Cortes et son double. Enquête sur une mystification*.

La primicia sobre la presentación del libro en México, que llegó a España en *El País* del pasado sábado 9 de febrero, tendría que haber levantado un cúmulo de voces estentóreas, tanto en la Nueva España como en la Vieja, que clamaran por la autoría de Bernal, el cronista soldado tan denostado por los historiadores Antonio de Solís (1783) y W. H. Prescott (1878) en sus respectivas obras del mismo título, *Historia de la conquista de México*, pero, afortunadamente, rescatado para la posteridad desde que, en 1904, el bibliógrafo mexicano Genaro García diera a conocer el Manuscrito de Guatemala y se publicara entonces la versión íntegra. Sin embargo, ante este nuevo “descubrimiento de autoría”, solo una voz solitaria se alzó, la del profesor Guillermo Serés, de la Universidad Autónoma de Barcelona, el más reciente editor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (2011), volumen 36 de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, quien publicó en *El País*, el 21 de febrero (y no el 20, como dice Duverger en su carta a los académicos) un artículo donde rebate algunas de las especulaciones del historiador francés, que el catedrático catalán califica como “errores de base”. Inmediatamente, Duverger escribe una carta a la Academia para que le den la oportunidad de presentar su investigación de tantos años y pide que se abra un debate. Sigue el silencio hasta que, al fin, el 25 de febrero, también en *El País*, una tímida lanza, la de Soledad Calés, se rompe por el historiador y por Cortés. Por el primero aboga para que se le dé la oportunidad del debate y por el segundo para que salga a la luz el verdadero humanista “satanizado por la historiografía oficial mexicana”.

Qué necesidad tenía Cortés de rebatirle al clérigo de Soria tantos datos falsos, de acusarle en varias partes que le untaban las manos o que lo decía con otro estilo más pulido si ya le había hecho su apología o, como dice Ramón Iglesia, una “concentración exclusiva de la atención sobre el héroe extremeño, un continuo atribuirle toda clase de hazañas” y ya había escrito sus *Cartas de relación* que, aunque confiscadas y prohibidas, alcanzaron traducciones y éxitos de venta inmediatamente. Pues bien, en la enrevesada historia que nos propone Duverger, Cortés le habría encargado a Gómara su biografía con la intención de rebatirle después los hechos adoptando la máscara de un soldado de su tropa.

Antes de abordar la obra, acabada de escribir, o como Bernal dice: “de sacar en limpio de mi memoria”, en Guatemala en 1568, hay que dedicarle un mínimo de historia textual: se conocen hoy día tres versiones de la *Historia*: la primera edición se debe al mercenario fray Alonso Remón en 1632, que se basó en un manuscrito hoy perdido y enviado a España en 1575; y los conocidos como Manuscrito Guatemala, copia del original, y Manuscrito Alegría, una copia en limpio del de Guatemala que hizo uno de los hijos de Bernal, Francisco Díaz del Castillo, hacia 1605, y cuyo nombre se debe al bibliófilo que lo poseía, José María Alegría Nicolás. En la edición príncipes de Remón, ya desde el preámbulo, Bernal se presenta con su nombre, su cargo de regidor en Santiago de Guatemala y como autor de la historia sobre las conquistas, alabando retóricamente las cosas notables y dignas de saber que en ella se hallarán, pero inmediatamente fija su objetivo de que también aparecerán “los borrones, e cosas escritas viciosas, en un libro de Francisco López de Gómara”. En el siglo XVIII aparece la crítica de Solís; en el XIX, la de Prescott y en el XX, los lectores admiradores de tan magna obra no tenemos más que las ediciones de divulgación de Joaquín Ramírez Cabañas, Sáenz de Santa María, Miguel León-Portilla o las modernizadas de Ramón Iglesia o Claudia Parodi, por citar solo algunas, hasta que en 2005, José Antonio Barbón Rodríguez, publica en México una edición crítica de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Manuscrito Guatemala). Se trata de una elegante y cara edición, acompañada de excelentes ensayos de varios historiadores, literatos y lingüistas y una amplísima documentación, a la que recurre en numerosas ocasiones Duverger. Fue coeditada por El Colegio de México, la UNAM, el Servicio Alemán de Intercambio Académico y la Agencia Española de Cooperación Internacional. En 2009, Ángel Delgado y Luis Arocena publican una edición anotada en Madrid, Homolegens, y finalmente, llegamos a la más reciente, la de la Real Academia Española, a cargo de Guillermo Serés, que comentaremos en estas páginas junto con el “descubrimiento” de Duverger, por ser las dos publicaciones más actuales sobre la *Historia verdadera*.

Duverger promete en su introducción “disipar la cortina de humo que hasta hoy nos ha cegado”. Los primeros capítulos se dedican a la escueta biografía de Bernal y a los escasos historiadores que lo han nombrado, pero reconoce que Bernal fue quien le proporcionó a Antonio de Herrera el material para reconstruir las dos primeras expediciones en las que Bernal participó, pero Cortés, no, que fungía como alcalde en Santiago de Cuba. También considera la deuda que Bartolomé Leonardo de Argensola tiene con Bernal. Desde luego, Duverger tiene alma de detective y todas las pruebas que aporta, sin duda, hablan de una minuciosa revisión de cartas, probanzas, firmas de Bernal y otros documentos probatorios, recopilados por sus hijos, y bastantes “copias de copias de actas de propiedad de las tierras de Bernal”, pero Duverger es un detective más que un filólogo y lo que hace entonces es plantear dudas de fechas de cuándo llegó al Nuevo Mundo, de si participó o no participó en tal expedición, de que sus méritos no eran tales y que trató de oscurecer su biografía para fabricarse una leyenda “el proteico Bernal”, como lo llama Duverger. Nos va dando cuenta de cómo va formando su “perfil de usurpador” al posesionarse del apellido Del Castillo, para confundirse con el antiguo mayordomo de Cortés, Bernaldino del Castillo.

Trata de invalidar a los estudiosos bernaldianos, como Ramón Iglesia, que en las probanzas de Alvarado, había visto la prueba de que Bernal ya escribía antes por la frase: “Y que pasadas muchas cosas que este testigo tiene escritas en un memorial de las guerras, como persona que a todo ello estuvo presente”; y en otra ocasión: “Este testigo como

testigo de vista y que se halló en la conquista y descubrimiento de la Nueva España y otras partes, dos veces antes que el dicho Hernando Cortés, tiene escrita una corónica y relación, a la qual también se remite”; y en la tercera pregunta que se le formuló a Bernal en dicha probanza: “Y esto responde a esta pregunta, y se remite a lo que más largamente tiene escrito en la dicha su corónica y relación”. En los tres casos, Duverger afirma que Bernal no es el autor sino solo que posee la relación y que los estudiosos han interpretado mal este testimonio, atribuyéndosela a él, pero yo me pregunto: si solo es el depositario de dicha relación por qué dice “muchas cosas tiene escritas”, “tiene escrita” o “tiene escrito”, además del posesivo “su”, y me respondo: porque él las escribió; de lo contrario, no tendría por qué especificar que la relación que posee es escrita, es obvio, porque no es oral. Duverger desmiente también a la esposa, Teresa Becerra, que dijo que la crónica de su marido “es escrita de mano”, pero que como no usa “de su puño y letra”, entonces su deducción es que no la redactó sino que la recopiló ¿Cómo puede descalificar a los parientes y conocidos de Bernal porque no usan las palabras que el historiador francés dice que deberían haber usado? Y, por supuesto, dice que hay que “tratar con suspicacia” la prueba contundente de la autoría de Bernal, que es el testimonio del oidor Alonso de Zorita, quien conoció a Bernal cuando estaba en la Audiencia de los Confines entre 1553 y 1556, y quien en su *Relación de la Nueva España*, que terminó de escribir en 1585, confiesa que

Bernaldo Díaz del Castillo vecino de Guatemala donde tiene un buen repartimiento y fue conquistador en aquella tierra y en Nueva España y en Guacaçinalco, me dijo estando yo por oidor en la Real Audiencia de los Confines¹ que reside en la ciudad de Santiago de Guatemala que escribía la Historia de aquella tierra y me mostró parte de lo que tenía escrito no sé si la acabó ni si ha salido a la luz.²

Y qué opinaría el señor Duverger de que también Bernal dice conocer al oidor y a él se refiere, precisamente, en el capítulo CCX, como el doctor y oidor de la Audiencia Real de Guatemala, que le preguntó por qué Cortés cuando le escribía a Su Majestad no procuraba por ellos, por los capitanes y soldados que tanto ayudaron. ¿También hay que tratar este comentario con suspicacia?

Respecto al caso Gómara, Duverger afirma que es imposible que Bernal pudiera conocer su obra porque era un libro prohibido por Felipe II, porque tanto él como su padre le tuvieron mucha envidia a Cortés y no soportaban que se ensalzaran sus hechos como lo hacía Gómara. Pero ¿acaso no sabemos que *El Quijote* también era un libro prohibido para ser importado a Indias, a donde solo podían llegar libros piadosos y de leyes, pero no de entretenimiento, por disposiciones hechas en 1531 y 1534? El que creíamos primer ejemplar de *El Quijote* introducido en la Nueva España venía en el equipaje de Mateo Alemán, que desembarcó en 1608 en Veracruz. La aduana inquisitorial lo decomisó de su equipaje, pero la intervención del fraile dominico, luego arzobispo y virrey de México, fray García Guerra, a quien Alemán había conocido en la travesía, hizo que le devolvieran el libro. A pesar de las prohibiciones, se sabe, según nos cuenta Irving

1 Con este nombre se conocía la que luego fue Audiencia de Guatemala, donde estuvo Zorita entre 1553 y 1556.

2 Alonso de Zorita: *Relación de la Nueva España*, I. Edición, versión paleográfica, estudios preliminares y apéndices de Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahrndt y José Mariano Leyva. México: CONACULTA, 1999, p. 111.

Leonard, que sacaban las impresiones del *Quijote* precipitadamente de las prensas para enviarlas a Sevilla, con el fin de que no perdieran la salida de las flotas anuales.³ Y efectivamente, el de Alemán no fue el primer ejemplar, porque en 2005 se encontraron en el Archivo General de la Nación de México unos documentos rescatados del archivo de la Inquisición en los que se da cuenta de cinco ejemplares que llegaron a bordo de la goleta *La Encarnación* en septiembre de 1605.⁴ Los libros prohibidos burlaban las aduanas, tal vez “untando manos” o aprovechando influencias, así es que si entró *El Quijote*, pudo muy bien entrar la *Historia* de Gómara. Según Duverger, tampoco pudo haber leído a Cortés porque también estaba prohibido, tampoco pudo conocer la historia bíblica de José vendido por sus hermanos ni la destrucción de Jerusalén por Tito ¿Por qué no? No hace falta haber leído a Flavio Josefo para conocer la destrucción de Jerusalén ni el Génesis para enterarse de la historia de José. Son historias divulgadas para las que no se necesita acudir a la fuente histórica o bíblica. Tampoco es necesario haber leído el *Libro de las Crónicas* para saber que los nombres de Tarsis, Ofir y Saba resonaban en los oídos de los conquistadores como sinónimos de riqueza; ¿acaso no confundió Colón en 1494 Veragua con Ofir, donde se creía que estaban las minas del rey Salomón? ¿Y por qué no pensar también que Bernal es un atento oidor de las arengas de Cortés? Solo porque nombre el paso del Rubicón de César no hace falta tener un gran conocimiento de la historia romana.

Ahora bien, llegamos a los errores literarios del antropólogo francés, porque, ciertamente, es un gran detective o un gran sabueso en su manía de perseguir pistas y acomodarlas a su hipótesis, pero no es un filólogo y “va errado”, como diría Bernal, en afirmar que el guatemalteco conquistador tendría que haber tenido una gran cultura francesa y conocer un cantar de gesta como el *Cantar de Alexandre* o *Romance de Alexandre* por haber nombrado a Alejandro Magno con la grafía Alexandre, pues bien, no hace falta acudir a Francia para saber que en España también existe el *Libro d'Alexandre*, que se inspiró, sin duda, en el poema del siglo XII, atribuido al normando Alexandre de Bernay, quien refundió materiales de diversa procedencia sobre la historia del rey macedonio, Alejandro Magno, cuyas hazañas gozaron de gran fama en la Edad Media. Esta obra francesa fue la fuente del español *Libro de Alexandre*, del siglo XIII, compuesto en versos de catorce sílabas, forma métrica que, a partir del siglo XV, se llamó verso alejandrino, no versos dodecasílabos, como afirma el señor Duverger. Esto no quiere decir en absoluto que Bernal hubiera leído esta obra del mester de clerecía, pero sí se le conocía a Alejandro con la grafía Alexandre en España. Y Bernal tampoco necesitaba conocer la *Chanson de Roland* por haber dicho que Cortés exclamó en la Noche Triste: “Denos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán”, porque pertenece a un romance carolingio muy divulgado y que conocían los conquistadores.⁵ Cervantes también sabía sobre la divulgación que había alcanzado el Romancero, por eso los lectores de *El Quijote* no nos extrañamos de que el ventero o Sancho conozcan los romances y completen los versos a Don Quijote.

3 *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 236.

4 “¿Qué buscaba Cervantes en América latina?”. En: *Reforma*, 14-01-05.

5 Pueden leerse, al respecto, los trabajos de Mercedes Díaz Roig, Aurelio González y Gloria Chicote sobre los romances en América y su conocimiento, recreación e incluso creación de otros nuevos por parte de los conquistadores de sus propias derrotas o victorias: “En Tacuba está Cortés/ con su escuadrón esforzado, /triste estaba y muy pensoso, / triste y con gran cuidado, / una mano en la mejilla/ la otra en el costado”.

Y así, una tras otra, podríamos ir desgranando las referencias por las que Duverger trata de hacer pasar al Bernal analfabeto, que nos ha presentado en los primeros capítulos, por un Bernal erudito para descartarlo como autor de la *Historia* y no se da cuenta, porque no analiza detenidamente el texto, puesto que no es filólogo, que esas referencias Bernal las sabe de oídas. Sobre la expedición de Vázquez de Coronado a Cíbola: “dijeron algunos soldados de los que fueron en su compañía que quiso remedar a Ulises”, entonces, lo dijeron algunos soldados, no Bernal y no necesita haber leído la *Odisea* para nombrar a Ulises. Sobre la casa de Cortés en México que era tan grande “y de tantos patios como suelen decir el laberinto de Creta”, o sea, lo que se suele decir; son divulgaciones orales, él mismo dice: “según dicen y se cuentan de sus historias”. Se trata de historias orales de gran divulgación, no de “pepitas de erudición”, como dice el señor Duverger, que tendría que poseer nuestro autor, porque trata de ir orillando al lector a que asienta con él que se trata de una obra apócrifa y que son ejemplos que “tienden a descalificar al regidor de Santiago como el autor de la *Historia verdadera*”. No, por favor, no necesitamos imaginarnos a Bernal, como él pretende, sacando de su mochila “los *Comentarios* de Julio César o las *Vidas paralelas* de Plutarco para leerlos a la luz de una veladora”, porque su pretendida erudición no es tal, no tiene por qué conocer esas obras, los pasajes citados por Duverger son ecos de la divulgación, son tópicos, son perlas de sabiduría popular, en resumen, una cultura libresca. No se vaya a los extremos, señor Duverger, ni era tan erudito ni era tan analfabeto y, además, como afirma el historiador francés Pierre Vilar, en la España del Siglo de Oro hubo muchos soldados escritores.

Una vez que ha descalificado a Bernal, Duverger comienza su “novela” sobre un Cortés insatisfecho al que le prohíben escribir y decide salir del anonimato al que se le había confinado por la confiscación y prohibición de sus cartas escribiendo la *Historia verdadera* bajo la máscara de un soldado “insatisfecho, más bien refunfuñón”, que admira al capitán general, pero también le demuestra su descontento en ocasiones y que está obsesionado por el dinero y la ausencia de reconocimiento. Dice que el hecho de deformar los nombres nahuas es para subrayar la rusticidad del personaje narrador que Cortés va creando y que el inciso de ser de Medina del Campo pudo ser un “agregado interlinear posterior a la redacción cortesiana”. La novela de Duverger continúa, porque Cortés tiene un primo franciscano, Diego Altamirano, que será el que la pase en limpio y haga una copia destinada a la impresión; este primo será también el que le cierre los ojos a la hora de su muerte y el que mantenga el secreto de su “crónica manuscrita”. Del último tramo de su vida, faceta cortesiana poco conocida, nos explica Duverger que Cortés crea una academia en su casa de Valladolid y, a partir de 1544, pasaría su tiempo entre los debates en la academia y “dieciocho horas de trabajo” como escritor encerrado en su gabinete, en el que “imaginamos cajas y cajas de archivos, respiramos el olor vagamente salado de esos papeles salvados de viajes de altura, o de la pluma que da ritmo a la memoria de una vida”. Exacto, nos podemos imaginar todo esto porque Duverger es un novelista y lo que ha hecho en su obra es especular y conjeturar barajando mil posibilidades sin pruebas contundentes que le roben a Bernal su nombre en la *Historia* por más que se empeñe. Y el lector se preguntará, pero ¿por qué hay pasajes en los que Cortés sale malparado en la pluma de Bernal? Y Duverger responde: cada vez que habla mal de sí mismo, es porque habla desde su arrepentimiento, por el remordimiento de ciertas cosas como, por ejemplo, haber ejecutado a Cuauhtémoc y al señor de Tacuba en la selva de El Petén, camino de las Hibueras.

La novela continúa con el viaje de los hijos de Cortés a la Nueva España, quienes llevarían el manuscrito de su padre con la intención de publicarlo, pero acaecen los conocidos hechos de la conjura, el ajusticiamiento de los hermanos Ávila y los tres hermanos Cortés condenados al destierro. La única vía de escape estaba en Guatemala, a donde alguien del círculo cercano de los hermanos Cortés habría llevado en secreto el manuscrito. De nuevo, nos pide Duverger a los lectores que imaginemos “varios escenarios”: “El poseedor del manuscrito puede haberle pedido a Bernal esconder el documento, y luego habría muerto [...] O Bernal pudo haber aprovechado de cualquier oportunidad para apropiarse del manuscrito”. Bernal no solo se ha fabricado una leyenda, sino que, en la novela de Duverger, además, es un ladrón, un “gruñón y pleitista” que se convierte “en guardián del templo y depositario de la memoria de Cortés”. Pero no queda ahí la cosa, sino que su hijo, Francisco Díaz del Castillo, es otro usurpador que se encargará de introducir interpolaciones “torpemente” en los diálogos para que aparezca el nombre de su padre como alguien principal, incluso conocido de Moctezuma. La tarea de Francisco es ardua: Que si agregó el párrafo en el que Bernal compra un caballo, que si armó pasajes anticortesianos sobre los repartos que hacía Cortés, que era un jefe terco y no escuchaba a sus soldados. Y toda la insistencia de autorreivindicarse como el más antiguo conquistador son interpolaciones de “un genio malvado llamado Francisco Díaz del Castillo”. Pues qué inmensa tarea de interpolador tuvo Francisco, porque la *Historia verdadera* está plagada de quejas y alegatos por defender sus encomiendas y por obtener mercedes de viejo soldado. En fin, que el manuscrito vuelve a España en 1575, considerablemente alterado y bajo el nombre de Bernal. Luego, el mercedario fray Alonso Remón editaría la obra forzando “la escritura para realzar la acción de los mercedarios” con la reivindicación del padre Bartolomé de Olmedo como acompañante del conquistador, además de la referencia a Illescas y de correcciones editoriales. Pero a estas interpolaciones, Duverger las califica de marginales, fácilmente identificables e inocentes. En realidad, Duverger ha construido una novela al estilo cervantino con dos historias: la de Cortés y la del manuscrito, porque ahora resulta que el Manuscrito Guatemala sí viajó a España y pasó por las manos de Bernal, de su hijo y de Remón antes de volver a Guatemala y el Manuscrito Alegría es una copia hecha en España, después de las correcciones estilísticas de Remón, además de la mención de Illescas ¡Qué vértigo, qué idas y venidas de manuscritos! Es más verosímil la historia de Cide Hamete y el mercado de Alcaná de Toledo, aunque sea un tópico caballeresco; porque no queda ahí la cosa: el nieto de Bernal, Ambrosio, “guatemaltequizó” el Manuscrito Guatemala adjuntándole un folio que incluye la imitación de la firma de su abuelo y una mención apócrifa para hacer creer que el Manuscrito Alegría era una copia hecha en Guatemala el 14 de noviembre de 1605. El libro termina con un epílogo imaginario en el que dialogan Cortés y Remón en medio del acto en el que Maurice Barrés pronuncia el elogio fúnebre de Heredia, traductor de Bernal, pero lo más curioso de este broche de oro es que realmente Duverger quiere apropiarse de Cortés para las letras francesas por no haber sido reconocido por las españolas y pone en boca del conquistador esta perla: “—Es por ello que me siento bien aquí, en la Academia Francesa”. Lo reivindica junto a Anatole France y Pierre Loti y hasta tal vez le dediquen algún día una calle en París que diga “Cortés, escritor”. Cortés ya era escritor con sus *Cartas de relación*, en las que da ampliamente muestras de ello, y con ellas pasó a la historia, no necesitaba crear a otro personaje que volviera a dar cuenta de la conquista y mucho menos para gloria de los muchos soldados que hicieron la gesta.

En las páginas que siguen voy a romper yo otra lanza por Bernal Díaz, por Guillermo Serés y por todos los editores anteriores y por venir de las *Historias verdaderas* adscritas bajo el nombre de Bernal Díaz del Castillo.

La más reciente edición de la *Historia verdadera* es la de la Real Academia Española, a cargo de Guillermo Serés, quien ya había dedicado previamente algunos estudios a la obra y había hecho otra edición antológica para el Círculo de Lectores en el año 1989. Serés emprende ahora una titánica tarea en cuyo estudio biográfico y del texto, en lo que se refiere a contenido, estructura, estilo y técnicas narrativas ha tomado en cuenta todos los datos existentes sobre nuestro soldado de todos los prólogos de las diversas ediciones que le han precedido: Ramón Iglesia, Ramírez Cabañas, Sáenz de Santamaría, León-Portilla, además de consultar cartas y documentos en archivos y de acudir también a los historiadores Alonso de Zorita, Muñoz Camargo o Cervantes de Salazar. En las notas de este valioso estudio va comentando la ya ingente bibliografía sobre Bernal y en qué aspectos se ha especializado cada crítico.

Las fases de la redacción y la historia del texto son dos apartados no solo interesantes y bien documentados, sino también sumamente convincentes por las pruebas que va aportando, además de considerar siempre a los predecesores. Serés coteja las variantes de los diferentes testimonios y sitúa una primera redacción a partir de 1526 con motivo de la desposesión de algunos pueblos encomendados, cuando Bernal regresó de la expedición de las Hibueras; después se fue especializando en pleitos, que vemos transparentarse en la redacción de lo que, en principio, fue un “memorial de guerras”, complemento de las cartas al emperador y a su hijo, Felipe II, para reclamación de tierras e indios. El memorial de guerras sería esa primitiva redacción que vio el oidor Alonso de Zorita y en 1563, en una probanza de méritos para los descendientes de Pedro de Alvarado lo cita Bernal porque ya lo ha acabado. Hacia 1568, no solo la trasladaría, como él mismo dice en el capítulo CCX, sino que la redactaría de nuevo considerando la *Historia* de Gómara y es en esta segunda redacción donde cobraría conciencia de su estatus de escritor, y donde ya la considera una crónica que puede competir con otros historiadores que desvirtúan la verdad. Este original autógrafo sería el Manuscrito Guatemala, G, que es una copia en limpio del borrador original hoy perdido y será el texto base para la edición de Serés.

Un segundo manuscrito, M, base de la edición príncipes de 1632, debió ser una copia de la primera redacción de G y que sería el que llegó al Consejo de Indias en 1575. Serés piensa que el manuscrito llegó antes de 1575 a España; en 1567, en otro de sus viajes para bautizar a uno de sus hijos y en esa estancia española, Bernal habría tenido noticia de la crónica de Illescas (1564) y le informarían de la que estaba haciendo Jovio, que salió en 1568. Vuelve a Guatemala e incluye en G los vituperios a estos dos cronistas, pero no en M. Serés concluye que G sería el más cercano y el que responde a la crónica que se propuso hacer, mientras que M, como afirma Sáenz de Santamaría, se acercaría más al memorial. Además, la redacción última del autor es la que hay que respetar y en G se hace explícita en el capítulo XVIII y además se incluyen los dos últimos capítulos escritos al final de su vida. El cuidadoso cotejo de todos los testimonios y ediciones, tanto antiguas como modernas y el aparato crítico que supone dicho cotejo, el lector puede consultarlo en la página web de la RAE, pero en la edición impresa se ofrece un aparato selecto con las variantes más significativas. El editor opta por modernizar la puntuación y ciertas grafías que no tengan valor fonético, pero respeta la lengua de Bernal por el valor documental que aporta.

No obstante los indudables méritos de esta última edición, hay que apuntar algunos detalles erróneos del estudio de Serés, fáciles de subsanar en siguientes ediciones: Serés dice que Pedro de Alvarado “asesina a traición la élite de la nobleza azteca en el patio del gran templo de Tenochtitlan durante la llamada ‘Noche triste’” (p. 1122), pero realmente ese episodio es conocido más bien como la matanza del Templo Mayor durante la fiesta de Tóxcatl y la Noche Triste es el episodio de la huida de los españoles de la ciudad, un mes posterior a la matanza. Tampoco Moctezuma muere en el interin en que Cortés va a entrevistarse con Narváez, como dice Serés (p. 1122), aunque luego en su cronología se asienta que Cortés regresa a México el 24 de junio de 1520 y Moctezuma muere el 30. Bernal cuenta que Cortés le pide a Moctezuma que salga a la azotea a hablar con los suyos para que cesaran las guerras, y que Cortés lloró cuando supo que había muerto y pide que lo entreguen a los capitanes mexicanos, por lo tanto, no murió en su ausencia. Por último, el “cacique gordo” no era de Tlaxcala (p. 1138), sino de Cempoala.

Como toda edición crítica que se precie, la de Serés se compone de un aparato de notas de *realia*, fechas, definiciones léxicas, etimológicas, ya provengan del náhuatl, del taíno, del caribe, mitología de los pueblos indígenas y algunas comparaciones con otros cronistas coetáneos como Cortés, Gómara o Las Casas o bien, Cervantes de Salazar, Tapia, Sahagún y otros. Las notas al pie se complementan además con otras notas que se incluyen al final y que dan referencias bibliográficas de los diversos temas estudiados en la obra de Bernal.

El excelente estudio se complementa con varios incisos que son prueba de una investigación rigurosa, así como una invaluable ayuda al lector para todo tipo de consultas: las principales ediciones de todos los siglos, además de las traducciones de la *Historia verdadera* al alemán, danés, francés, holandés, inglés e italiano; una cronología muy bien documentada con los sucesos más relevantes de España y América y, al mismo tiempo, los principales hechos de la vida de Bernal y los detalles día por día del recorrido por la Nueva España; una exhaustiva bibliografía que cita constantemente tanto en el estudio como en las notas, además de dos valiosos índices de nombres y lugares y de notas.

Bienvenida esta última edición que publica la Academia y que, sin menospreciar las anteriores, que toma muy en cuenta Guillermo Serés, bien podría ser la definitiva y aquí habría que colgar “la péñola en la espetera” para que nadie más se atreva a difamar al glorioso soldado medinés, Bernal Díaz del Castillo.

Bibliografía

- Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid: Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, 2011. 1530 páginas.
- Duverger, Christian: *Cortés*. México: Taurus, 2010. 439 + 40 páginas.
- Duverger, Christian: *Crónica de la eternidad: ¿quién escribió la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España?* Madrid: Taurus, 2013. xi + 335 páginas. [Edición original francesa: *Cortes et son double. Enquête sur une mystification*. Paris: Seuil. 310 páginas.]